

## Vampirismo mexicano: edición crítica de “El vampiro” de Alejandro Cuevas

### Unveiling a Mexican Vamp: Critical Edition of “El vampiro” by Alejandro Cuevas

Eduardo Barenas

*Universidad Nacional Autónoma de México*  
*Facultad de Filosofía y Letras, México*  
<https://orcid.org/0000-0002-1228-1837>  
[omareduardobarenas@gmail.com](mailto:omareduardobarenas@gmail.com)

#### RESUMEN

Para esta edición de “El vampiro” del mexicano Alejandro Cuevas, se comparó la versión impresa en el suplemento dominical e ilustrado de *El Diario* en 1909 con su segunda aparición en *Cuentos macabros* de 1911. Asimismo, se ofrece una breve semblanza del autor con los datos obtenidos en los periódicos de la época, así como una aproximación al texto a partir de los elementos góticos y de la figura del vampiro.

#### PALABRAS CLAVE

Alejandro Cuevas, vampiro, relato de terror, literatura mexicana, edición crítica.

#### ABSTRACT

This edition of “El vampiro” by Mexican author Alejandro Cuevas aims to compare the first version, printed in the Sunday and illustrated supplement of *El Diario* in 1909, with the second one, that was published in *Cuentos macabros* (1911). At the same time, this editorial rescue presents a short biography of the author, a literary analysis that includes the gothic elements as well as the vampire construction in the short story.

#### KEYWORDS

Alejandro Cuevas, vampire, short horror story, Mexican literature, critical edition.

RECEPCIÓN: 31/10/2023

ACEPTACIÓN: 03/01/2024

Con la aparición de los *Cuentos macabros* de Alejandro Cuevas en 1911, la literatura mexicana obtuvo uno de los ejemplos más particulares de lo que modernamente



se conoce como relato de terror, género poco difundido en el panorama nacional de aquella época.<sup>1</sup>

Dicho libro se publicó en la editorial J. R. Garrido y Hermano, con palabras de apertura del mismo Cuevas y con un prólogo a cargo de Juan de Dios Peza;<sup>2</sup> también incluyó ilustraciones originales del autor, esparcidas a lo largo de las páginas a manera de encabezados y viñetas para separar y despachar los textos. En 1954, su hija, Gloria Cuevas Chávez, reeditó el volumen en *offset* con motivo del decimocuarto aniversario luctuoso del autor, con un breve texto de José Vasconcelos y otro de la propia Gloria Cuevas para invitar al público a conocer la obra de su padre.

A pesar del esfuerzo, el legado cuentístico del autor permaneció en el olvido, salvo por unas cuantas compilaciones en antologías que recuperan sus textos más famosos (“El vampiro” y “El aparato del doctor Tolimán”).<sup>3</sup> La no tan reciente popularización de los géneros no miméticos llevó a algunos interesados a rescatar la enigmática figura del mexicano.<sup>4</sup>

No sólo su obra escasea —es casi imposible acercarse a varios de los títulos que escribió, entre romanzas, obras dramáticas, poemas y narraciones—, sino que el hilo de su vida resulta difícil de rastrear. Fue un artista dedicado de lleno a las bellas artes, pero su legado no logró sobreponerse al tiempo.

## Alejandro Cuevas, creador de horrores

Nació el 13 de enero de 1870 en la Ciudad de México. Inició su educación primaria en el Instituto Católico de Tacubaya y en el Colegio de don Emilio G. Baz. Pasó a las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria para, posteriormente, inclinarse por la

---

<sup>1</sup> Poco visto, mas no inexistente: ya para entonces, Pedro Castera había publicado los relatos “En plena sombra” (1877) y “En medio del abismo (histórico)” (1875), en los que el suspenso se complementaba con la atmósfera lúgubre para lograr un efecto claustrofóbico, de miedo a lo desconocido y a la muerte, respectivamente.

<sup>2</sup> Publicado dos años antes en el periódico *El Correo Español*, año XX, núm. 5922, el 28 de agosto de 1909.

<sup>3</sup> “El vampiro” ha sido antologado, hasta donde he podido averiguar, en cuatro ocasiones: *Relatos de brujas, vampiros y hombres lobos* (México: Reader’s Digest, 1998); *Cuento fantástico mexicano: siglo XIX* (México: Factoría, 2005); *Turna nocturna. Antología del vampirismo decimonónico en Hispanoamérica* (México: Oro de la Noche Ediciones, 2019); *Vecindades de sangre. El vampiro como migrante en la narrativa de las Américas de los siglos XIX y XX* (Ecuador: Universidad San Francisco de Quito/El Fakir, 2022).

<sup>4</sup> Por ejemplo, Uggla Horrorwitz, en el sitio web de *Penumbria*, le dedica unas líneas a sus relatos (Horrorwitz, 2018); por su parte, Sergio Hernández Roura hace un análisis de “Ante el jurado” en su artículo “*The Imp of the Perverse*, inspiración de tres cuentos fantásticos mexicanos” (Hernández, 2023: 119-137).

carrera de leyes en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Debido a sus aficiones literarias, se retrasó en sus estudios, hasta que en 1890 se recibió como abogado. Ejerció su oficio en la Ciudad de México e, incluso, legó el bufete a cargo del jurisconsulto Fernando Vega.

Tras abandonar sus labores jurídicas a causa de situaciones familiares, sustituyó a Octavio Malvivo como secretario del Conservatorio Nacional de Música y Declamación cuando ya impartía clases de declamación, de lectura escénica y de canto. Al parecer, lo aprendió de parte de su madre y mejoró su habilidad al estudiar con maestros italianos. Sin embargo, también abandonó sus ocupaciones en el Conservatorio y se dedicó a impartir clases gratuitas de canto y a fundar una Academia, donde estudiaron figuras como María Romero, José Múgica, Alberto López Góntiz, entre otros.

Apasionado del teatro, escribió varias piezas dramáticas (*La golondrina*, *La sombra*, *Drama íntimo*, *El tesoro de Eleazar*, *El mañana*), junto con algunos monólogos (*Visperas de examen*, *Gotas de rocío* y *Regalo de Navidad*). También realizó las traducciones de *La tía de Carlos* (*Charley's Aunt* de Brandon Thomas, estrenada en 1892), *El que conozca el juego que no lo enseñe* (*Chi sa il gioco non l'insegni*, proverbio en un acto y en verso de Ferdinando Martini, publicado en Pisa en 1871), *El viaje de los Berlurón* (*Le voyage des Berluron*, vodevil en cuatro actos de Ernest Grenet-Dancourt, Maurice Ordonneau y Henri Kéroul) y *La bohemia* (*La bohème*, ópera en cuatro actos con música de Giacomo Puccini y libreto en italiano de Giuseppe Giacosa y Luigi Illica).

Dejó una amplia producción musical, pues compuso romanzas en español, francés e italiano (*Toi, Sans amour*, *Les deux coeurs*, *Reveille toi Mignon*, *En Avril*, *Mignonne voici d'avril*, *Toc toc*, *Etre poète*, *Il Tranello*, *El tamborcillo de los azules*, *Lisisca*); una de las más importantes, “Morgana”, se estrenó a principios del siglo XX en el teatro Esperanza Iris.

Multifacético, aprendió pintura con Antonio Orellana y con José Guadalupe Segura, y legó a su familia y a coleccionistas una rica producción pictórica.

Como narrador, publicó el volumen *Cuentos macabros* en 1911, aunque algunos de los relatos ya los había dado a conocer en el suplemento dominical e ilustrado de *El Diario* entre 1908 y 1909. *El sueño de un vals* apareció un año después con el subtítulo “Cuento en acción en un acto dividido en dos cuadros y en prosa, con intermedio poético”. Se trata de un drama cómico-amoroso en el que el largo noviazgo de los protagonistas por fin llega a su punto más importante, el matrimonio, cuando un malentendido obliga al enamorado a proponérselo a su amada.

“Becqueriana”, composición de doce versos de arte menor (en hexasílabos) con rima asonante, y hasta el momento la única pieza poética propia que se le conoce, es una elegía por la muerte de la amada (Cuevas, 1911a: 160). Además, adaptó al español poemas de autores franceses e italianos, entre los que se encuentran Sully

Prudhomme, Paul Armand Silvestre y Stecchetti.<sup>5</sup> No hay registro de volúmenes publicados con sus poemas; sin embargo, en la reimpresión de 1954 de *Cuentos macabros*, su hija, Gloria Cuevas Chávez, comentó que sí se editaron libros con sus versos (Cuevas Chávez, 1954: 8).

También buscó registrar un invento, junto con Gilberto Iriarte, pues así lo constata una solicitud de patente: “Se trata de una maquinaria destinada al calado de tiras de papel para pianos y órganos automáticos Angelus, pianolas o instrumentos similares por procedimiento electro-magnético. Y este procedimiento no es otro, que la ejecución de dicho calado de tiras, al mismo tiempo que una persona está ejecutando una pieza musical sobre el teclado de un piano” (“El telepianista gráfico”, 1908: 2).

Estuvo casado con María Vega de Cuevas —hija del jurisconsulto y diputado Fernando Vega—, hasta el fallecimiento de ésta el 30 de mayo de 1911 (“Vida social”, 1911: 2). De acuerdo con la prensa del momento, no tardó en contraer nupcias de nuevo, pues en *El Imparcial* se informa del nacimiento de un varón, hijo de Alejandro Cuevas y María Chávez de Cuevas, el 9 de agosto de 1912 (“Sociales y personales”, 1912: 3).

El autor murió en 1940 en la Ciudad de México.

## Arácnido chupasangre: lo vampírico en Cuevas

En “El vampiro” es notoria la herencia gótica-romántica: desde el mal estado anímico del padre (al saberse viudo y en pésima situación económica), la arquitectura de la casa, sombría y solitaria, hasta el villano, un viejecillo italiano de naturaleza ambigua cuyas visitas menguan la tranquilidad del entorno. Se trata de un relato hábilmente armado en siete secciones: “[c]omienza con las descripciones físicas de los padres (sección 1), de la casa (sección 2), del personaje tenebroso (sección 3), del desván (sección 4), de las arañas (sección 5) y las descripciones van cerrándose hasta el clímax (sección 6) y la resolución del relato (sección 7)” (López, 2005: 147-148).

Desde el inicio, se percibe una atmósfera melancólica, creada a partir de la narración del hijo-protagonista, la cual se acentúa con la descripción de la casa, pues, como comenta Aurora Piñeiro, uno de los elementos del gótico que pervive a lo largo

---

<sup>5</sup> Todos se publicaron en *El Arte. Revista Musical y Literaria*, periódico mensual fundado por Aurelio Cadena y Marín. Los enlisto por orden de aparición: Armand Silvestre, “Lied”, adaptación de Alejandro Cuevas, tomo IX, núm. 11, 1 de noviembre de 1912, p. 280; Sully Prudhomme, “Los rocíos”, adaptación de Alejandro Cuevas, tomo IX, núm. 12, 1 de diciembre de 1912, p. 287; Armand Silvestre, “Preludio”, adaptación de Alejandro Cuevas, tomo X, núm. 2, 1 de febrero de 1913, p. 15; Stecchetti [Olindo Guerrini], “Al caer las hojas”, adaptación de Alejandro Cuevas, tomo X, núm. 4, 1 de abril de 1913, p. 31.

de la historia literaria es “el uso de espacios cerrados, claustrofóbicos, que de manera simbólica recrean las prisiones físicas o psicológicas del pasado” (Piñeiro, 2017: 22). El narrador, huérfano de madre, observa impotente el desmoronamiento de su padre.

La casa, aunque pequeña, recuerda a esos castillos laberínticos de antaño: múltiples habitaciones, a veces interconectadas, atravesadas por una narración lúgubre, lo que enfatiza el encierro. El desván le sirve al hijo como refugio para apartarse del viejecillo que lo atormenta. Ahí, en un habitáculo ruinoso y lleno de polvo, pasa el tiempo contemplando las arañas que se ocultan, y narra, con especial interés, el encuentro de dos tipos de ellas: una regordeta y de patas cortas y la otra de cuerpo delgado y largas extremidades. El enfrentamiento de los insectos refleja, simbólicamente, la batalla en la que su padre y el viejo italiano están enfrascados y adelanta el final del relato, de naturaleza escalofriante.

La imagen vampírica del viejecillo se trabaja a partir de la comparación con los arácnidos y de la sugerencia de que sus visitas dañan el estado mental y físico del padre.<sup>6</sup> Cabe señalar que esto nunca se hace visualmente explícito: las pocas apariciones del italiano remiten a su monstruosidad, al temor que genera su presencia, mas no lo exponen en un acto violento expreso. El autor mexicano debió adoptar este recurso del *Drácula* de Bram Stoker. Asimismo, el texto recuerda al “Vampiro” de Emilia Pardo Bazán, publicado en 1901, en el que la tenebrosa criatura se casa con una jovencita para robar su vitalidad hasta matarla. Nada ajeno a la crítica, Cuevas se lanza contra los prestamistas que absorben la vida de los más necesitados, de igual forma que el italiano empuja al padre del narrador al suicidio (Morales, 2019: 40).

## Crterios para esta edición

Son pocas las variantes entre la primera y la última versión, lo que permite teorizar que Cuevas no era muy proclive a modificar sus textos en demasía, quizá por el poco tiempo entre las publicaciones. De manera general, estos cambios se clasifican en: a) correcciones gramaticales (*pase* por *pasa*); b) enmiendas de vocabulario (*almagro* por *almagrè*); y c) precisiones que mejoran el sentido del texto (1911 incluye: *el suicida*).

Se ofrece como *codex optimus* la versión de 1911, para respetar la última voluntad del autor, y se registran en notas a pie las variantes del testimonio de 1909. Los criterios adoptados para la fijación del texto son los siguientes:

---

<sup>6</sup> Para una descripción más detallada del vampiro (sus orígenes y evolución histórica y literaria), se puede consultar el artículo “El vampiro en la mitología y en la historia” (Sánchez-Verdejo, 2022), así como las introducciones a las antologías *Vampiros* (Siruela, 2010) y *Turba nocturna. Antología del vampirismo decimonónico en Hispanoamérica* (Morales, 2019).

- Se modernizó la ortografía: *zahuán* por *zaguán*; *explendor* por *esplendor*; *escitado* por *excitado*; *astrakhan* por *astracán*; *extremecimiento* por *estremecimiento*; *ahujerados* por *agujerados*; *tegido* por *tejido*; *Arachne* por *Aracne*; *trastravillando* por *trastabillando*; *oscuro* por *oscuro*; *deshecho* por *desecho*, etcétera. Sin embargo, se conservó el acento de los verbos con pronombres enclíticos, según lo recomendado por el *Diccionario del español de México*.
- Se actualizó y reguló la puntuación: reducción de los puntos suspensivos a tres y se abrieron los signos de exclamación que faltaban.
- Se respetaron las comillas, las cursivas y los espacios incluidos por el autor, con excepción de la *Divina Comedia*, que me tomé la libertad de marcar en cursivas por tratarse del título de un libro.
- Se corrigieron los errores tipográficos ostensibles. Se llegó a hacer alguna *emendatio* cuando se trataba de una errata evidente por el contexto: *provista de una chapa de que yo tenía llave* por *provista de una chapa de la que yo tenía llave*.
- Adicionalmente, se consignan las omisiones, las adiciones o los cambios que pudieran parecer errores, pero que siguen teniendo sentido en el texto. Se mantienen, pues, por la dificultad de determinar dónde ocurre una equivocación de copia y dónde comienza una variante que suprime un elemento; por ejemplo, en 1909: *Era mi buen hombre de carácter apacible y débil* por *Era mi buen padre hombre de carácter apacible y débil*.

## El vampiro<sup>1</sup>

Alejandro Cuevas

Era mi buen padre<sup>2</sup> hombre de carácter apacible y débil, misántropo, sombrío, taciturno y meditabundo, cuyos cuarenta y cinco años parecían aumentados por una vejez prematura; los golpes de la adversidad, sin duda, habíanle encanecido trazando a la vez, en su rostro descolorido, surcos profundos; de corta estatura, su cuerpo ancho revelaba una complejión robusta y una obesidad anterior, modificadas por<sup>3</sup> padecimientos morales. Cifraba en mí, su hijo único, un amor infinito, una ternura duplicada por la falta del afecto maternal del que, al nacer, me privó la fiebre del puerperio, implacable y despiadada, que llevó a la joven esposa al fondo de su sarcófago.

De mi pobre madre, quedóme sólo un retrato: un cuadro de gran tamaño pintado al óleo y encerrado en un ancho marco cuyo dorado maltrecho acusaba, como los fragmentos desprendidos y faltos de la pasta moldeada, el maltrato de acarreadores y mudanzas. Era un lienzo valioso, una obra de arte verdadero: la escultural figura de una mujer de veintidós años, fresca y rozagante, de mirada llena de animación e inteligencia y sonrisa impregnada de dulzura y gracia, se destacaba sobre un fondo de vegetación otoñal, una arboleda por cuyo ramaje penetraban los rayos del sol, de cuyos ardores defendía a la dama una pequeña sombrilla de seda roja sostenida por la diestra aristocrática que se apoyaba a la orilla del escote, sobre el hermoso busto cubierto por el corpiño de blanco raso, del que las abiertas mangas perdidas dejaban asomar dos torneados y mórbidos brazos, y de cuya cintura delgada rebosaba albeante el sedoso globo abullonado de la falda que descendía en amplios, blanquísimos y artísticos pliegues sobre la arena de la glorieta bordeada por alineadas matas de rosales en flor. La rubia cabellera flotando ondulosa a los lados del lindo rostro y recogida hacia atrás, el semblante bellísimo, el marfilino cuello del que pendía un bejuco de oro, los hombros y el suave y elevado pecho, surgían bañados por la encendida tinta transparente que tomaba la luz al atravesar la delicada tela del minúsculo quitasol, haciendo palidecer por el contraste, la abierta rosa de Castilla que oprimían los delgados dedos de la izquierda.

Cuando mi padre contemplaba conmigo este cuadro, esparcíase en su fisonomía una nube de tristeza, inyectábanse las conjuntivas de sus ojos llenos de lágrimas bajo

---

<sup>1</sup> Conozco dos versiones: Lic. Alejandro Cuevas, “Cuentos macabros. El vampiro”, en el suplemento dominical e ilustrado de *El Diario* (11 de abril de 1909), p. 5; Alejandro Cuevas, “El vampiro”, en *Cuentos macabros*. Originales ilustrados con prólogo de Juan de Dios Peza. México: J. R. Garrido y Hermano, 1911, pp. 67-79.

<sup>2</sup> 1909 no incluye: *padre*

<sup>3</sup> 1909: *con por por*

las cejas contraídas por una expresión de dolorosa remembranza, sus labios comprimían el sollozo, y su mano, trémula de emoción, acariciaba los bucles de mi cabellera infantil, concluyendo por atraerme dulcemente sobre su pecho, donde me conservaba abrazado estrecha y largamente, en un silencio que yo respetaba, impresionado vivamente por aquel dolor grande y mudo.

Vivíamos en calle céntrica, pero poco transitada, en una casita pequeña, antigua construcción de fachada de tezontle y mochetas de cantería talladas en almohadillados en sus puertas y balcones asimétricos e irregulares, y en la azotea, en el centro, como remate del edificio, había un nicho de piedra con la descabezada escultura de un San Cristóbal que, por milagro evidente y apoyado en el tronco de<sup>4</sup> árbol que le servía de bastón, sostenía acéfalo su santa carga. Franqueando el umbral del zaguán de gruesas puertas apollilladas bajo la pintura de almagre<sup>5</sup> y cochambre que las cubría y montadas sobre chirriantes chumaceras, atravesando el cubo o vestíbulo, se hallaba uno en el patiecillo empapado por el escape de la gastada bomba, al pie de la escalera de torcido barandal de hierro, toscamente forjado, y de escalones desiguales y vencidos hechos de lozas desgastadas y despostilladas, la que, ofreciendo en su mitad un descansillo, torciase para formar su segundo tramo que daba a la puerta de nuestra antosalita con su alfombra de yute, su medio ajuar tapizado de tejido de cerda y su espejo de marmajada luna, sujeta por un marco de madera blanca que asomaba indiscreta bajo el disfraz de la tierra de Cassell con que se había tratado de hacerla pasar por nogal finísimo.

La pieza principal de la casa era el despacho de mi padre, contiguo a una salita que con la antesala comunicaba, dando ésta igualmente acceso a la recámara donde dormíamos, y de la que se pasaba a un reducido comedor que separaba de la cocina un corredor angosto tendido sobre el tramo inferior de la escalera. La puerta y la ventana de la cocina tomaban su luz y ventilación de una azotehuela donde, bajo una escalera de tosco palo viejo que conducía a la azotea, se hallaba el lavadero inmediato a un cuartito de criadas; finalmente, en dicha azotea había un desván o cuarto destinado a guardar muebles y enseres de desecho.

A esta casa fuimos a habitar después de mudanzas repetidas. Entre mis recuerdos de la niñez, conservo el de algunos muebles magníficos que con el esplendor de mi familia fueron desapareciendo, quedando sólo aquellos de escaso valor cuyo reducido número permitía el ahorro de rentas. Habíamos *venido a menos* paulatinamente y, en verdad, estos descalabros influyeron en buena parte sobre la creciente melancolía de mi padre.

---

<sup>4</sup> 1909: *del por de*

<sup>5</sup> 1909: *almagro* por *almagre*



Por toda servidumbre había en casa un matrimonio: él, un sastrecillo remendón que hacía veces de portero, y ella, que, además de compartir con él la vigilancia de la entrada, desempeñaba las funciones de recamarera y cocinera, subiendo del cuartucho oscuro y de paredes salitrosas y descascaradas, solamente el tiempo necesario para el desempeño de su cometido.

No recibíamos visitas, fuera de un viejecillo italiano que iba con frecuencia a ver a mi padre, con el que tenía largas conferencias a puerta cerrada en el despacho y de las cuales salía éste siempre nervioso, excitado, casi violento, quedando luego por muchos días sumergido en hondas meditaciones y permaneciendo horas enteras hundido en su sillón, con la cabeza entre las manos, ceñudo y taciturno.

El vejete me inspiraba una antipatía invencible, una repugnancia instintiva; cuando al llegar o al despedirse tropezaba conmigo, parecía gozar con mi angustia y con las indomables muestras de asco y desvío con que trataba yo de desasirme de sus manos huesosas y largas, frías, siempre como las de un mono y que, con tremenda fuerza me sujetaban, en tanto que él reía, reía con una risa seca, hueca y que resonaba en su pecho como en la caja de una rajada guitarra, hasta que mi padre, con visible mal humor, me arrancaba de la férula odiosa, escapando yo con la ligereza de un gamo que se siente libre de la red que le aprisionaba. Paréceme oír aún la cascada risilla y ver la figura repulsiva de aquel extranjero; su cabeza gruesa y hundida entre sus agudos hombros levantados, su cráneo de ancha frente deprimida cubierto por una montera parda, su rostro de mandíbula recia y saliente, su nariz en forma de pico de ave de rapiña sobre la boca de labios delgados y torcida por un guiño de socarrona malicia que dejaba asomar la extremidad de un largo colmillo amarillento, sus ojillos negros y saltones de mirada rápida y solapada que cubrían los párpados hipócritamente, sus orejas de lóbulo enorme, aquel rechoncho y panzudo tórax envuelto por un saco cerrado de astracán color leonado, por cuyas mangas salían dos brazos desmesuradamente largos y descarnados que correspondían con las piernas inconmensurables de andar menudo y silencioso; paréceme que le miro, envuelto en su verdosa capa rabona, cubierto por el grasiento sombrero de copa de anticuada forma, y experimento aún aquel estremecimiento, aquella sensación de malestar que me causaba su presencia, de la que sólo me sentía libre refugiándome en el desván, asilo silencioso donde pasó furtiva mi niñez, entristecida por el medio nubloso en que se desarrolló.

Tengo grabado en mi memoria hasta el más pequeño detalle de aquel desván situado en un rincón de la azotea, junto a un antiquísimo y abandonado palomar, especie de cuarto construido en la superficie de un metro cuadrado, de paredes carcomidas hechas de tezontle, y celdillas interiores superpuestas: nidos que fueron de las palomas

arrulladoras, divisiones hechas con pedacería de teja pegada con cal que, requemada por el tiempo, había perdido su cohesión, dejando caer muchas de las pequeñas planchas de barro cocido, cuyos fragmentos sembraban el piso sobre un tapete de piedrecillas menudas, acumuladas en montículo alrededor de una ranura, por las hormigas coloradas cuyo ir y venir me servía de diversión. Aquella construcción ruinoso despertaba en mi fantasía la idea de un panteón abandonado con sus criptas vacías y su silencio pesado y letal.

Sobre el techo del desván y cargado sobre el ángulo formado por dos de sus muros, había un tinaco al que yo iba a asomarme, trepando ágilmente por el rincón del palomar y apoyándome con pies y manos en los huecos dejados por los tezonales desprendidos, no sin sacar alguna vez raspones en las rodillas contra las paredes pobladas de moscos que germinaban en la humedad del tinaco, al rayo del sol incubador. Cerrábase el desván por una puerta formada por una sola hoja rabona de madera reseca, rajada y apolillada, provista de una chapa de la que yo tenía llave particular que hice con un clavo de herrador torciéndole la punta, y de la que me servía con habilidad singular, sin que hubiera otra abertura más, a excepción de una tronera o claraboya practicada en un costado de la pieza y a cuyo pie, en el exterior, habíase colocado un banco o gradería de madera, que de verde fue pintado en sus mocedades, y sobre el que languidecían algunos tiestos con matas de yerbabuena, laurel, tomillo, malvón y margaritas.

Desde que ocupamos la casa, ni la escoba ni el plumero se habían dignado hacer una visita, de cortesía al menos, al cuartucho abandonado en que se veían hacinados, bajo las cortinas y flecos de las telarañas que colgaban de las vigas, consolas inválidas, sillas y sillones viejos que dejaban escapar por el sucio y rasgado tapiz sus intestinos de fibra, pasillos agujerados y pedazos de alfombra de desecho, baúles llenos de papeles, un armario que se derrumbaba al peso de los rotos vidrios de sus hojas semidesprendidas; dos, que fueron columnas de yeso y un fanal o capelo clareado por algún coscorrón y bajo el que se desmayaba, en un jarroncillo roto de porcelana oro y azul, un ramo de descoloridas flores de cañamazo.<sup>6</sup> Para completar el inventario, debo añadir un sillón mecedor austriaco cuyo bejuco destrozado completé insertando algunos pedazos de cordelillo, y cuya estabilidad procuré asegurar atando en sus destornilladas articulaciones, fragmentos de cuerda robados al tendedero con gran enojo y desesperación de nuestra “Maritornes-Pipelet”.<sup>7</sup> En aquel mueble se mecían mis ensueños de niño; en aquel aposento pasaba las horas muertas, contemplando por la claraboya

---

<sup>6</sup> 1909: *cañamo* por *cañamazo*

<sup>7</sup> *Maritornes*: “Moza de servicio, ordinaria, fea y hombruna”, palabra derivada del personaje de Maritornes que aparece en el *Quijote* (RAE). // *Pipelet*: conserje, derivado de un personaje de *Los misterios de París* de Eugène Sue (*Dictionnaire de l'Académie française*).

el azul del cielo surcado de vez en cuando por fugitivas parvadas de pajarillos, o por alguna ave de rapiña que giraba lentamente en monótono círculo, o bien, entreteniéndome con los combates que a menudo presenciaba en el interior de mi escondite.

Pululaban en aquella mi madriguera, dos clases de arañas: una, proveniente quizás de las macetas, pequeña, de movimientos rápidos, de cuerpo ancho, aplastado y velludo, negruzca y de patas relativamente cortas, pero gruesas y fuertes; y otra, la que habitaba en el techo del camaranchón: de cuerpo diminuto y ovoide suspendido entre sus patas largas y finas en extremo, de la familia de los aracnoideos falangídeos y a la que los muchachos suelen llamar *cáncer, espíritu o muerte*, las que se columpiaban en los colgantes hilos, descendiendo lentamente por los muros y subiendo y bajando su cuerpecillo, como un gimnasta en las paralelas, sobre sus frágiles extremidades. Era curioso el observar el encuentro de dos de estos huéspedes: al verse una frente a la otra, ambas permanecían un instante contemplándose, fija e inmóvil la primera, y ejecutando la segunda rítmicos y pequeños movimientos de suspensión; a veces, después de la pausa, ésta se alejaba retrocediendo o torciendo lentamente su camino; a veces, estirando una de sus patas, la tendía para tocar el lomo de su enemiga que sobre ella se lanzaba incontinenti agitando amenazadora sus mandíbulas; en ocasiones la provocación no era necesaria, sino que la primera emprendía contra la zancuda<sup>8</sup> el ataque decisivo, que ésta evitaba valiéndose de las extremidades filiformes con la agilidad de un torero, quedando nuevamente en guardia,<sup>9</sup> tendiendo precavida la sutil antena para tocar rápidamente el cuerpo enemigo, y retirándola con rapidez para emprender un nuevo rodeo, continuándose la lid de esta manera, por algún tiempo. En realidad, era una labor inteligente la efectuada por el astuto insecto: tomando de las glándulas de su abdomen la extremidad de un hilo, llevábale diestramente sobre el cuerpo de su adversaria,<sup>10</sup> atándole, envolviéndole imperceptible y gradualmente en una red que concluía por inmovilizarle. Era en vano que ésta, al sentirse presa, se debatiera angustiosamente; terminado el tejido, los filamentos suspensores del rechoncho cuerpecillo avanzaban sigilosamente, hasta colocarle encima de la prisionera, doblábanse con lentitud, y el verdugo clavaba sus mandíbulas de vampiro sobre el cuerpo indefenso, abandonándole en su tenue sudario después de haberle sorbido la sangre y la vida.

Al mes de haber cumplido mis doce años, a la caída de una tarde tempestuosa, me había refugiado en el despacho de mi padre, ausente a la sazón, y procuraba calentar mi cuerpo aterido por el viento frío y húmedo, sentado en el sillón de piel de su escri-

<sup>8</sup> 1909: *segunda* por *zancuda*

<sup>9</sup> 1909 incluye: *y*

<sup>10</sup> 1909: *adversario* por *adversaria*

torio, envuelto en uno de sus abrigos que tomé del perchero, y tratando de reanimar mis pies helados en la curtida y lanosa<sup>11</sup> piel de carnero que bajo la mesa se encontraba. Al pie de la lámpara de petróleo que yo había encendido, estaba un libro encuadernado en rojo tafilete: era el tomo segundo de la *Divina Comedia*, obra monumental que la prodigiosa imaginación y el lápiz maestro de Gustavo Doré enriquecieron con láminas incomparables, y las que me puse a contemplar una por una, hasta llegar a la número diecinueve, en cuya foja protectora de papel de China veíase a manera de rubro, la estrofa que ilustra:

*O folle Aragne, sì vedea io te,  
Già mezza aragna, trista in su gli stracci  
Dell' opera che mal per te si fe!*

“*Oh, insensata Aracne!, ¡también a ti te veía, medio convertida en araña, yaciendo sobre los destrozados restos de la obra que tejiste en tu propio daño!*”.

PUR. C. XII V. 43, 44 y 45

Impresionado por aquella atrevida concepción fantástica, permanecía yo absorto contemplándola. No pude contener un grito de sorpresa y terror: a dos pasos, al otro lado de la mesa, me contemplaba en pie el odiado viejecillo con la sempiterna risa socarrona en su rostro que me pareció aún más mefistofélico, por la roja luz que alumbraba su busto a través de la pantalla de tafetán escarlata. Mis dientes castañetearon y, de un salto, abandoné el sillón tratando de huir; pero él entonces se colocó delante de la puerta extendiendo sus brazos hacia mí y diciendo: “Ya sabes, chiquillo, no se pasa<sup>12</sup> sin dar un abrazo” y en aquella postura, un tanto agazapado, avanzó atajando mis rodeos hasta agarrarme a pesar de mis gritos. En aquel momento la puerta se abrió y<sup>13</sup> mi padre, muy pálido y con brusco movimiento, me sacó de entre las tenazas que me sujetaban y, amparándome, gritó con voz irritada: “¡He dicho a usted que no toque a mi hijo, o vive Dios...!” El brazo izquierdo del viejo se estiró hasta tocar el hombro de mi padre, en tanto que el derecho llevó la mano al ojillo de mi perseguidor, que guiñaba maliciosamente; a este ademán, mi padre refrenó su cólera y, tomándome por los hombros, me encaminó a la puerta diciéndome: “Es hora de que tomes tu alimento y te acuestes; ve hijo mío, ve tranquilo”. Y besando mi frente, cerró tras de mí la puerta en tanto que yo me apresuré a ganar mi alcoba, donde sin pensar en tomar mi acostumbrada taza de café con leche y acosado por una sed atroz, bebí un vaso de agua yendo a acostarme en mi lecho, presa de escalofrío y malestar.

<sup>11</sup> 1909 no incluye: *y lanosa*

<sup>12</sup> 1909: *pase* por *pasa*

<sup>13</sup> 1909: *a* por *y*

Dormí algunas horas con sueño intranquilo y agitado, despertando cada instante con sobresaltos, hasta que vencido por el cansancio, caí en un pesado sopor en el que mi imaginación calenturienta forjó una espantosa pesadilla: hallábame en el desván, en el desván prodigiosamente aumentado, la varilla de un mago había dado enormes proporciones a los muros, muebles y objetos allí arrumbados; véalos como a través de una lente de aumento colosal y me sentía pequeño, diminuto, reducido al volumen de uno de aquellos mosquitos que pululaban por el húmedo rincón. En medio del sucio enladrillado del pavimento, dos sombras se movían y poco a poco mis ojos, en un principio deslumbrados, pudieron distinguir en ellas forma y color.

Una era mi padre que, como un enfermo baldado, se arrastraba penosamente en cuatro pies, gateando como una criatura, hasta tropezar con la otra silueta; era ésta un ser sobrenatural, fantástico, inverosímil, monstruoso y terrible; era una gigantesca araña de múltiples, largas y asquerosas patas sobre las que se mecía el abdomen y la cabeza del viejecillo socarrón, del repugnante italiano: el leonado astracán de su saco había extendido las gasas o nudos de su tejido y era ya una piel cerdosa de pelos rojizos e hirsutos; por la ancha boca asomaba el sucio colmillo retorcido y, aumentados en número, los ojillos fosforescentes daban al rostro un aspecto diabólico.

Permanecieron ambos contemplándose, sonó la hueca risilla y una de las antenas del monstruo, después de tocar el vientre, estiróse hasta posarse sobre la espalda de mi padre quien se lanzó hacia su contrario que esquivó el ataque dando un rodeo.

Nuevamente volvió a alzarse la temible extremidad, tocando otra vez el dorso... mi angustia no tenía límites, trataba de intervenir, de interponerme, de destrozar con manos y dientes la red de gruesos hilos que iba formándose y sujetando lentamente a mi desventurado padre... ¡en vano!... ¡el terror tenía paralizados mi garganta y mis miembros, no podía moverme ni pedir socorro, veíame condenado a ser espectador de la inaudita lucha!

Terminóse la obra fatal, la red funesta apretó sus nudos; el horrendo fantasma avanzó hasta sobreponerse a su presa, descendió encogiendo los sustentáculos y clavó su mandíbula sobre la víctima indefensa que exhaló un lamento prolongado y doloroso...

Desperté bañado en sudor frío; la fiebre me devoraba. Levantéme y, trastrabillando, me dirigí al lecho de mi padre en pos de su auxilio y sus caricias... El lecho se hallaba vacío y las ropas, por su arreglo, demostraban que no habían sido tocadas. Mi nerviosidad aumentó; haciendo esfuerzos supremos me lancé al despacho; la luz estaba encendida y la puerta entornada. Temeroso de que aún se hallara allí el detestado extranjero, permanecí escuchando unos instantes: el silencio más profundo reinaba en el interior; mi padre habría salido dejando el despacho abierto y con luz... me decidí a penetrar.

¡Qué espectáculo! ¡Qué inolvidable espectáculo! ¿Qué conmoción más ruda podría experimentarse, que aquella que recibí ante el cuadro que vieron mis ojos dilatados por el pavor?...

¡Mi padre, mi amado padre, el único ser que en el mundo me sirviera de amparo y de guía, yacía exánime al pie de su escritorio en medio de un charco purpúreo y con el cuello dividido por una navaja de afeitar que conservaba abierta en su mano y, sobre el escritorio, encima del ya cerrado tomo de la *Divina Comedia*, hallábase<sup>14</sup> un pliego abierto en que con temblorosas letras el suicida<sup>15</sup> me pedía perdón por su abandono, motivado por la necesidad de salvar para mí lo poco que aún quedaba de su fortuna absorbida por el viejo maldito, de cuya férula escapaba por el postigo negro y misterioso de la muerte!

## Bibliografía

ALIGHIERI, Dante

*Divina comedia*. Traducción de Cayetano Rosell. Notas y prólogo biográfico-crítico de Juan Eugenio Hartzenbusch. Ilustrada por Gustavo Doré. Barcelona: Montaner y Simón, 1872.

CARBALLO, Emmanuel

“Del romanticismo al naturalismo”, en *Paquete: Cuento (La ficción en México)*. Edición, prólogo y notas de Alfredo Pavón. México: Universidad Autónoma de Tlaxcala/Instituto Nacional de Bellas Artes/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990, 17-51.

CUEVAS, Alejandro

“Cuentos macabros. El vampiro”, en el suplemento dominical e ilustrado de *El Diario* (11 de abril de 1909), 5.

“Becqueriana”, en *El Arte* (1 de agosto de 1911a), 160.

*Cuentos macabros*. Prólogo de Juan de Dios Peza. México: J. R. Garrido y Hermano, (1911b).

CUEVAS CHÁVEZ, Gloria

“El porque [*sic*] de esta edición”, en Alejandro Cuevas. *Cuentos macabros*. Prólogo de Juan de Dios Peza. México: G. Cuevas, 1954, 7-8.

“De sociedad”

*El Tiempo* (diciembre de 1911), 3.

---

<sup>14</sup> 1909 no incluye: *hallábase*

<sup>15</sup> 1909 no incluye: *el suicida*

DEVIRGILIS, Megan L.

“Tensiones ideológicas, sociales y económicas en ‘Vampiro’, relato gótico de Emilia Pardo Bazán”, en *Entropía*, volumen 3 (2022), 25-41. Consultado en: <<https://revista-entropia.com/ojss/index.php/entropia/article/view/67>> [21/06/2023].

*Dictionnaire de l'Académie française*

9.<sup>a</sup> edición [versión en línea]. Consultado en: <<https://www.dictionnaire-academie.fr/>> [14/05/2023].

“Escritores Mexicanos Contemporáneos. Lic. don Alejandro Cuevas”

*Biblos. Boletín Semanal de Información Bibliográfica Publicado por la Biblioteca Nacional*, tomo III, número 106 (29 de enero de 1921), 17-18.

GLANTZ, Margo

“La metamorfosis del vampiro”, en *Intervención y pretexto*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1980, 73-88.

HERNÁNDEZ ROURA, Sergio

“*The Imp of the Perverse*, inspiración de tres cuentos fantásticos mexicanos”, en *(an)ecdótica*, volumen VII, número 1 (enero-junio 2023), 119-137.

HORRORWITZ, Uggla

“*Cuentos macabros*”, en *Penumbria. Revista fantástica para leer en el ocaso* (12 de marzo de 2018). Consultado en: <<http://www.penumbria.mx/cuentos-macabros/>> [21/09/2022].

“La influencia del cuento en la literatura. Conferencia en la Asociación Cristiana de Jóvenes”

*El Diario* (3 de mayo de 1913), 3.

LÓPEZ GONZÁLEZ, Encarnación

“La metamorfosis del vampiro: características y evolución del personaje en la literatura en lengua inglesa y española (1819-1927)”. Tesis de maestría. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2005.

MORALES, Ana María

“La metamorfosis del vampiro”, en A. M. Morales y José Miguel Sardiñas (editores). *Turba nocturna. Antología del vampirismo decimonónico en Hispanoamérica*. México: Oro de la Noche, 2019, 7-47.

PEZA, Juan de Dios

“Prólogo”, en Alejandro Cuevas. *Cuentos macabros*. México: J. R. Garrido y Hermano, 1911, I-IV.

PIÑEIRO, Aurora

*El gótico y su legado en el terror. Una introducción a la estética de la oscuridad*. México: Bonilla Artigas Editores/Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras,

2017. Consultado en: <[https://ru.atheneadigital.filos.unam.mx/jspui/handle/FFYL\\_UNAM/653](https://ru.atheneadigital.filos.unam.mx/jspui/handle/FFYL_UNAM/653)> [5/06/2023].

Real Academia Española

*Diccionario de la lengua española*. 23.<sup>a</sup> edición [versión 23.6 en línea]. Consultado en: <<https://dle.rae.es>> [14/05/2023].

SÁNCHEZ-VERDEJO LÓPEZ, Francisco Javier

“El vampiro en la mitología y en la historia”, en *Entropía*, volumen 3 (2022), 9-24.

SIRUELA, Jacobo

“Prólogo”, en *Vampiros*. Girona, España: Atalanta, 2010, 11-43.

“Sociales y personales”

*El Imparcial* (10 de agosto de 1912), 3.

“Sociedad”

*El Diario* (18 de enero de 1909), 2.

“Sociedad”

*El Diario* (2 de febrero de 1909), 2.

“El telepianista gráfico. Un notable invento del sr. Lic. Alejandro Cuevas”

*El Popular* (13 de julio de 1908), 2.

“Vida social”

*El Heraldo Mexicano* (31 de mayo de 1911), 2.

